

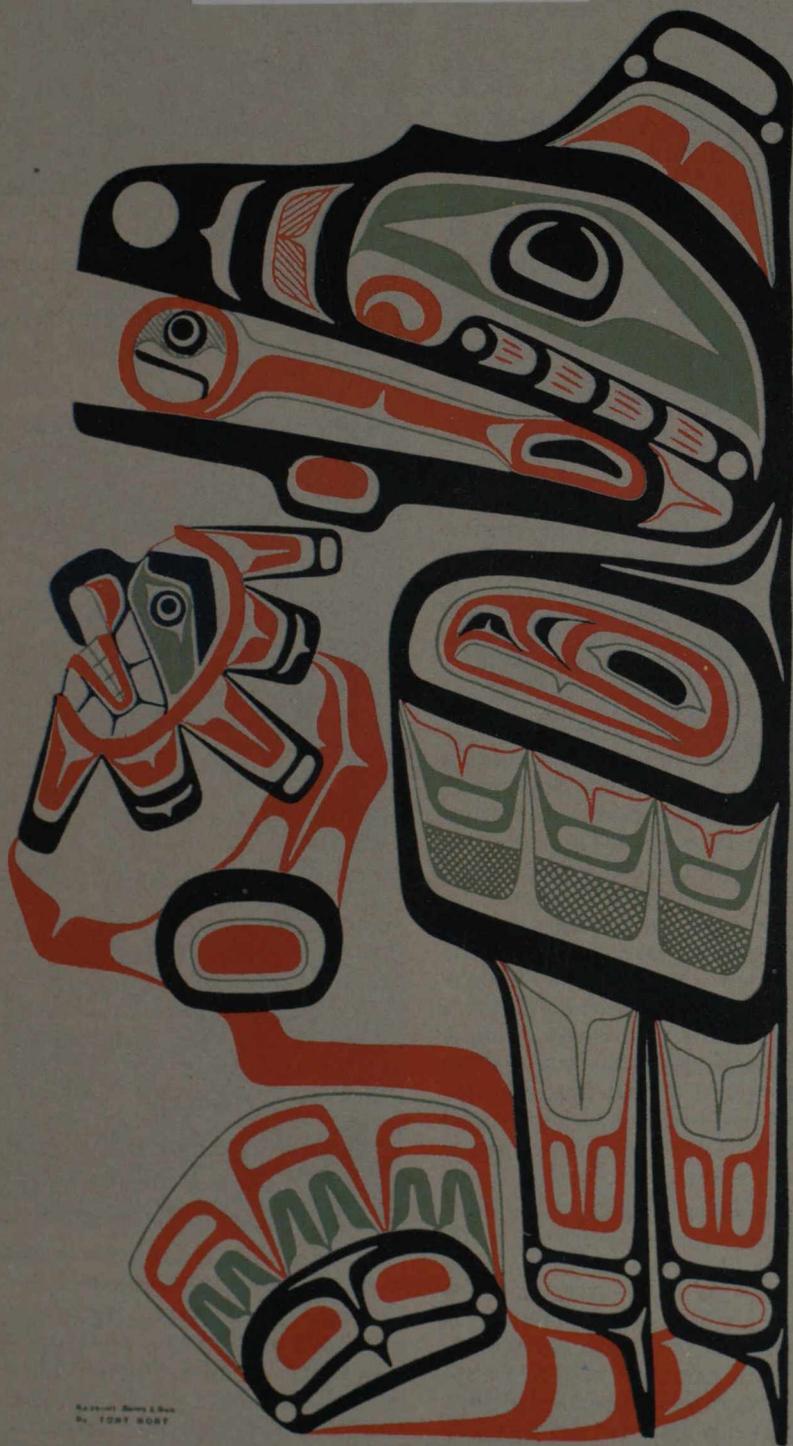
CAL
EA950
C13
v.6, #1/1982
DOCS

Canada hoy

LIBRARY E A / BIBLIOTHÈQUE A E



3 5036 01030073 2



Reproduit de l'œuvre de
M. FORT ROY

LOS PUEBLOS DEL CEDRO

DICIEMBRE 1982 — VOL. VI No. 1

La Tierra del Cedro

Cuando los primeros navegantes europeos llegaron a las costas del Pacífico norte durante el siglo dieciocho, la cultura del cedro se extendía ya por miles de kilómetros, hacia el sur de la Bahía Yakuta, en Alaska, hasta el Estrecho de Puget, en el actual Estado de Washington. Su área comprendía la isla completa y la costa completa de Columbia Británica; se extendía tierra adentro por los valles hasta los Ríos Sheena y Nass, y hacia arriba del Río Fraser, hasta el cañón por el cual pasa este río a través de las montañas costeras, la cadena más al oriente de la cordillera americana.

Esta es una región de accidentados canales marinos e inmensos bosques lluviosos. Alimentados por una precipitación que en algunas áreas alcanza los siete u ocho metros al año, estos bosques visten casi por completo a las islas frente a la costa y bajan hasta el agua salada por los acantilados de los esteros que asemejan fiordos.

Entre los árboles gigantes de la costa, que incluyen al abeto Douglas, el cual crece hasta a una altura de cien metros y vive más de un milenio, el más importante en términos de la cultura india, fue el cedro rojo. Este árbol (*Thuja plicata*) no tiene relación con el bíblico cedro del Líbano. Es una conífera de la familia de los cipreses que crece hasta una altura de sesenta o setenta metros, y su base firmemente sostenida, puede tener más de dos metros de diámetro. Su follaje inclinado le da un aspecto distintivamente melancólico en la oscuridad del primitivo bosque lluvioso. Aunque era el salmón el alimento que constituía la dieta básica, fue el cedro rojo lo que dio base a la rica cultura material de los indios de la costa del Pacífico norte.

El cedro es una madera durable, resistente a la humedad y tan suave, que puede ser trabajada con instrumentos primitivos, además de contener un grano recto, el cual permite que se le corte en planchas largas sin dificultad. Los pueblos de la costa construyeron con cedro sus grandes casas de remate triangular y sus canoas de veinte metros de largo, tallaron sus enormes postes heráldicos e hicieron muchos de la rica variedad de objetos de madera que caracterizaron su cultura; el cedro incluso, les proporcionó vestido, ya que tejían su corteza fibrosa en prendas y sombreros, mantas y frazadas.

Otras maderas tuvieron también un papel significativo, aunque menor en la cultura de la costa, incluyendo el raro cedro amarillo (también una conífera) y otras maderas duras como el arce y el aliso, de los cuales se hacían máscaras, cencerros y otros tallados ornamentales, además del abeto, que a veces sustituía al cedro en las extensiones del norte, sobre la costa de Alaska, donde el clima es demasiado frío para el crecimiento del cedro.



Tejido de una manta chilkat

Si los pueblos de la costa no hubiesen tenido la seguridad y el tiempo libre que daban la gran abundancia de alimentos marinos en las aguas de la costa, calentada por la corriente del Japón, no habrían podido aprender la forma de utilizar el cedro en maneras tan ingeniosas.

Cada año, en sus diversas estaciones, no menos de cinco especies de salmón del Pacífico



Pesca del salmón.

ascendían por los ríos y arroyos de la vertiente, donde terminaban sus ciclos de vida desovando y muriendo. De primavera a otoño, cuando los bancos de salmón se sucedían uno al otro, los indios de la costa vivían en campamentos de verano donde atrapaban al salmón de diversas maneras. Desde sus canoas en movimiento arrastraban ganchos de madera de abeto con puntas de hueso sobre las líneas de alga gigantes; utilizaban redes, hechas de fibras de ortigas; construían cañales con varas en los que insertaban ingeniosamente trampas a modo de canasta. Después de los ceremoniales, daban la bienvenida a los primeros salmones que ascendían por el río. Los hombres pescaban durante las horas del día y las mujeres limpiaban y secaban el pescado, algunas veces ahumándolo también.

Casi tan importante como el salmón era el eulachón, un pez migratorio parecido al esperinque, tan rico en aceite, que al secarse arde con una llama cercana, de aquí que su otro nombre fuese pez vela, o pez candelera. El eulachón se pescaba en grandes cantidades y su aceite se reducía a una grasa comercialmente importante, ya que servía para sazonar los alimentos secos que constituían la comida invernal de los indios de la costa. Había otros peces importantes, tales como los diversos tipos de bacalao que se encuentran en la costa del Pacífico, y el hipogloso gigante, que los haida pescaban en grandes cantidades en las cercanías de las islas Reina Carlota y también los secaban. Un pueblo, los nootka, cazaban a la ballena gris en persecuciones épicas desde canoas pequeñas. Otros pueblos cazaban focas, leones marinos y marsopas. Además, las algas marinas y los crustáceos proporcionaban fuentes alternas de nutrimentos, siendo los últimos tan abundantes que en muchas partes de la costa las acumulaciones de conchas que datan de varios milenios atrás en el pasado de los indios se observan como pequeños montículos. Los pueblos de la costa también cazaban en tierra y utilizaban la amplia variedad de bayas que crecían en los claros del bosque, pero fue principalmente en los productos de un mar generoso en lo que se pudo basar una

cultura única en la complejidad y creatividad entre pueblos no agrícolas.

Esto fue posible sólo gracias a los efectivos métodos de preservación de alimentos conocidos para los pueblos del cedro. A fines de otoño, las grandes casas estaban almacenadas con salmón e hipogloso seco, tan abundante como para durar hasta la siguiente primavera; la grasa del eulachón se guardaba en recipientes hechos con las raíces en forma de bulbos de las algas gigantes; las bayas se secaban en mantas planas, comprimidas, enrolladas y almacenadas en cajas de cedro; las plantas marinas y la corteza interna del abeto se preservaban para dar una variedad a la dieta invernal; de las vigas colgaban guirnaldas de almejas secas. Era esta abundancia almacenada en sus aldeas de invierno permanentes la que daba a los indios de la costa largos meses de vida sedentaria, ceremonial y artesanía, de la cual surgió la más grande tradición del mundo en arte primitivo.



Cacería de la ballena.

Los Pueblos del Cedro

Aunque la cultura del cedro tuvo muchos elementos en común, repetidos por completo desde los poblados noroños tlingit en Alaska, hasta los asentamientos salish del Estrecho de Puget, los pueblos comprendidos hablaban una variedad de idiomas muy distintos y tenían orígenes muy diferentes. Los de más al norte eran los tlingit, quienes habitaban la costa y las islas de la porción estrecha de Alaska que entra actualmente dentro de territorio canadiense. Los únicos intrusos en su área eran los kaigani, que habitaban el extremo sur de la isla Príncipe de Gales, en el archipiélago de Alaska. Los kaigani fueron una ramificación del pueblo haida, quienes poblaron las islas Reina Carlota. Sobre el continente, frente a las islas Reina Carlota, en las desembocaduras de los ríos Nass y Skeena, vivían los tsimshian y dos grupos relacionados, los nishka y los gitksan,



quienes tenían sus poblados en las partes altas de los ríos Nass y Skeena, respectivamente. Los estuarios de la costa al sur de la región tsimshian y al extremo norte de la isla de Vancouver fueron habitados por varias ramas del pueblo kwakiutl. Los nootka vivían en la costa oeste de la isla de Vancouver y en la punta noroeste, alrededor de Cabo Flattery, en lo que hoy es el estado de Washington. Finalmente, varias tribus salish estaban dispersas en las costas continentales del golfo de Georgia y en el Estrecho de Puget, sobre la costa oeste de la isla de Vancouver, así como en el valle del Fraser al oeste de las montañas costeras. Un pueblo relacionado, los bella coola, vivían al norte, separados por los otros salish, en medio de territorio kwakiutl, junto a los ríos Dean y Bella Coola. Este pueblo desarrolló un estilo distintivo de vida y arte.

Estos pueblos estaban unidos por una antigua y compleja red comercial, así como por una cultura común, pero sus idiomas eran tan diferentes uno del otro, que sólo podían comunicarse por medio de una jerga elemental de comercio, determinada según los chimook, un activo pueblo mercantil que vivía en la desembocadura del río Columbia y controlaba las rutas comerciales, a través de las cuales, las embarcaciones nootka establecían contactos con los indios de las praderas. El klingit y el haida, que actualmente son incomprensibles entre sí, parecen haberse derivado de una raíz común relacionada con los idiomas de los pueblos atapascano o dené, que habitan las regiones del norte de Canadá; pero la evidencia histórica lingüística sugiere que el haida partió del tronco dené al menos hace cinco mil años. Se cree que la lengua tsimish pertenece a la familia de idiomas penutianos hablados por las tribus de Montana y Oregón en el sur. Los kwakiutl y los nootka hablan idiomas relacionados uno con otro, que los lingüistas colocan en un grupo llamado wakashan. Algunos lingüistas piensan que el salish está relacionado con las lenguas wakashan y que todos estos idiomas se derivan paso a paso del grupo algonquino, el cual incluye al cree y otros idiomas de las praderas.

Prehistoria

El cómo llegó a reunirse gente de orígenes lingüísticos tan variados sobre la costa del Pacífico en América del Norte para producir una cultura tan homogénea, es en el mejor de los casos, una conjetura bien informada. Los mitos de los haida y de los tlingit relatan migraciones hacia abajo de los ríos Skeena y Stikine hasta llegar a la costa; los haida cuentan cómo cuando llegaron a las islas Reina Carlota, encontraron a un pueblo anterior que ya vivía allí. Pero los pueblos al sur de los skeena, y los kwakiutl, los nootka y los salish, no tienen mitos de migración, a causa de tanto tiempo que han estado en la costa y tenemos que basarnos en la evidencia arqueológica, la cual traza un progreso de los pueblos hace varios milenios a través de las montañas costeras y hacia el océano sobre el Río Fraser.

Existen pocas dudas acerca de que los ancestros de todos estos pueblos de la costa hayan tenido su origen en el este de Asia. Parecidos fisiológicos; formas que se repiten desde el arte chino antiguo hasta el de los indios de la costa; el extraordinario parecido entre los ritos mágicos practicados en Siberia y los de los pueblos del cedro, son todas evidencias que sugieren que los ancestros de los indios de la costa emigraron por encima del puente terrestre del Estrecho de

Bering antes de la última glaciación, que terminó aproximadamente diez mil años antes de Cristo.

En esa era de glaciación extrema, toda la costa del Pacífico hasta el norte de Washington estaba cubierta de hielo, pero había una franja sin congelar que atravesaba el norte de Alaska hasta el territorio del Yukón. Posiblemente, los ancestros de los pueblos del Cedro emigraron por esta ruta, y cuando los hielos retrocedieron, comenzaron a acercarse a las ricas tierras pesqueras de la costa. Algunos pudieron haber viajado a través de canales marinos protegidos, y otros siguiendo los valles fluviales, por fuera de las montañas hasta llegar al mar.

La arqueología es joven todavía en Columbia Británica, pero los descubrimientos recientes esclarecen bastante acerca de los orígenes de la cultura del Cedro. Se ha establecido que los primeros cazadores y pescadores de la edad de piedra vivían en el Valle del Fraser y en la costa sur hace diez mil años. Los descubrimientos en Marpole, cerca de Vancouver, sugieren que hace más de tres años existió una cultura en el delta del río Fraser, la cual compartió numerosas características de la cultura del cedro que encontraron los navegantes europeos hace doscientos años. El pueblo de Marpole contaba con las azuelas, las cuñas y los martillos de piedra, así como con los instrumentos más finos de jadeíta, dientes de castor y hojas de cuarzo que se necesitaban y utilizaban para trabajar y tallar la madera de cedro. Se han trazado los cimientos de sus grandes casas rectangulares; se ha descubierto su cestería y sus textiles de corteza de cedro que se han preservado en recipientes perpetuamente húmedos. De su arte, sólo han sobrevivido algunos extraordinarios tallados en piedra con forma humana y vasijas rituales; la calidad de estas esculturas sugiere que un pueblo que tallaba la piedra tan bien, no lo hacía de igual manera con materiales más fáciles de trabajar, como la madera de cedro. Podemos asumir que las artes de los pueblos del cedro tienen sus raíces en un pasado muy lejano.

La Cultura Histórica

Pero no es sino hasta la llegada de los navegantes españoles, rusos y británicos en el siglo dieciocho, que los hechos arqueológicos dispersos y el mito nativo pueden encarnarse en un cuadro completo de cultura viva. Los primeros europeos que encontraron a los indios de la costa fueron quizá los tripulantes de un bote del barco de Vitus Bering, quienes bajaron a tierra en territorio tlin-

git en 1741 y nunca regresaron. El primer registro real de los pueblos del cedro data de la expedición de Juan Pérez, quien zarpó desde México hacia el norte, y en 1774, frente a las costas de la Reina Carlota, fue recibido por jefes haida enmascarados, ejecutando danzas de bienvenida desde sus grandes canoas talladas y esparciendo pelusa de águila para significar su deseo de paz y amistad. Cuatro años más tarde, en 1778, el Capitán James Cook zarpó hacia el Estrecho de Nootka; él y sus hombres fueron los primeros europeos que desembarcaron en los poblados indios de la costa y que observaron de cerca el arte y las costumbres de los pueblos del cedro. Hoy en día, en los museos de Europa hay máscaras, cencerros y otros objetos que fueron recolectados por Cook y sus hombres, y si se comparan con algunos de los objetos que se producen en la actualidad, resulta impresionante la continuidad en la forma y el estilo.



Islas Reina Carlota.

Tecnológicamente, la cultura que Cook y los españoles encontraron en los años 1770, no había emergido de la edad de piedra. Su gente utilizaba el cobre de la región, martillado en frío para la ornamentación, y estaban familiarizados con el hierro, ya que poseían algunas hojas de origen asiático que deben haberles llegado por medio del comercio indirecto desde Siberia. Pero la gran mayoría del trabajo en madera que caracterizó su cultura, fue realizado con azuelas de piedra en numerosas formas, graduadas de acuerdo a la fineza del trabajo.

Políticamente, los pueblos del cedro tenían solamente las instituciones más rudimentarias, pero socialmente, su organización era bastante compleja. No tenían sentido de la nacionalidad y ni siquiera había suficiente unidad política dentro de los diversos grupos idiomáticos como para llamarlos tribus.

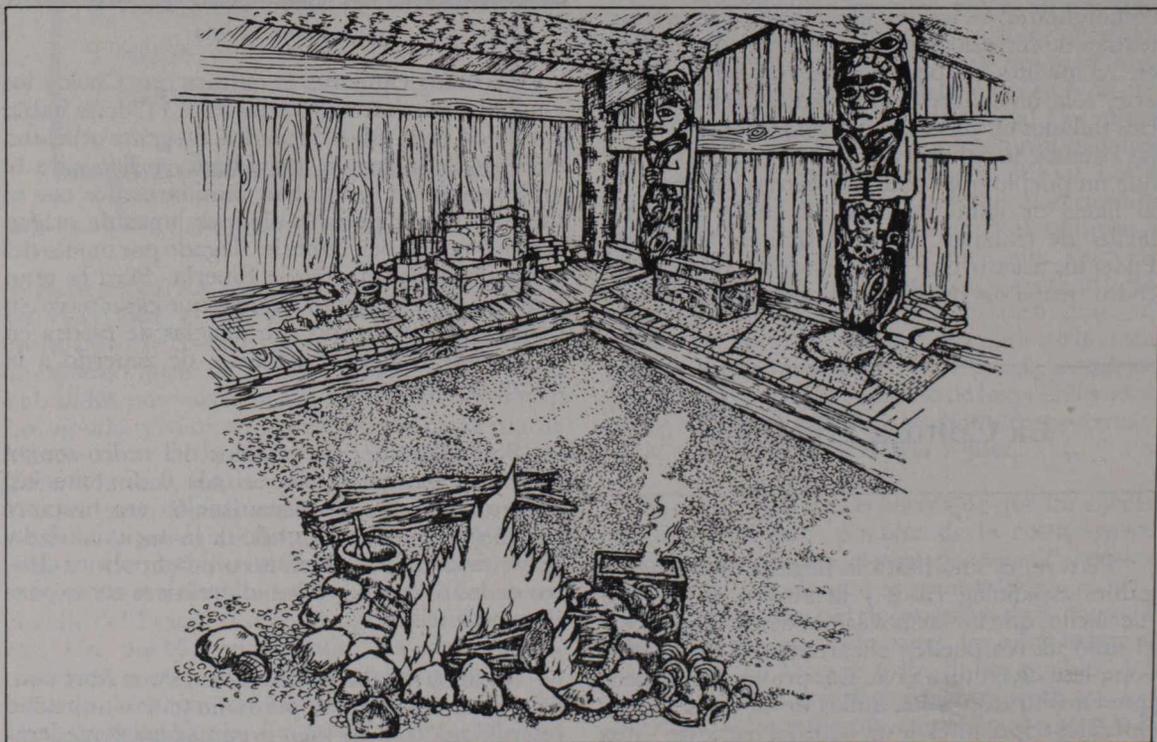
Algunos nootka habían creado una libre federación de pueblos, pero sólo tenían una débil semeblanza con las bien organizadas confederaciones blackfoot e iroquesas. Incluso dentro de los

poblados, el sentido de comunidad era débil, y la unidad más estable entre los pueblos indios de la costa era la casa grande habitada por una familia extensa, cuyo dirigente tenía la posición social de jefe, utilizando los títulos ancestrales más altos pertenecientes a su linaje. La mayoría de la gente que compartía la casa, de alguna manera estaba relacionada con el jefe de ésta, pero esta gente estaba dividida entre nobles y plebeyos; los nobles eran aquellos que, gracias a su relación estrecha con el jefe, vindicaban de alguna manera los títulos que ostentaba la familia, y los plebeyos eran posiblemente los hijos más jóvenes de los hijos menores. Había también una clase de esclavos, generalmente prisioneros capturados en emboscadas e invasiones esporádicas que se consideraban como guerra entre los pueblos de la costa. Su condición era vista como vergonzosa y carecían de derechos; sus amos podían comerciar con ellos, liberarlos e incluso matarlos según su capricho personal.

Todos estos pueblos construyeron grandes casas de tablas sostenidas por marcos de postes masivos, todo de cedro, pero el tipo de construcción variaba de región a región. Los salish construían casas muy largas y de forma irregular con techos de cobertizo ligeramente inclinados; en 1808, al pasar Simon Fraser cerca de lo que hoy es Vancouver, observó una casa de casi 250 metros de largo. Una de estas casas salish era a menudo un poblado en sí, dividida en varios departamentos y habitada por familias relacionadas.

Las casas de dos aguas de los pueblos del norte eran más pequeñas, pero de carpintería más elaborada que las de los salish. Una típica casa haida o tsimshian era de 18 metros de largo, 12 metros de ancho y 4.5 metros de alto en la arista del techo de dos aguas. Su marco estaba construido con troncos cuidadosamente decorados y tallados por medio de azuela; los postes verticales dentro de la casa, a menudo estaban tallados con emblemas que representaban a los espíritus pertenecientes a la historia mítica de la familia, y uno de estos entraba a través de un corte ovalado en un poste alto, el cual dominaba el frente de la casa y proclamaba los ancestros y hazañas del jefe; a menudo el agujero también estaba pintado con un blasón gigantesco.

La disposición interior de una casa así estaba centrada en el fogón, el cual yacía en un foso algunos metros bajo el nivel de la tierra, y contaba con rejillas móviles en el techo para controlar la salida de humo. Encima del foso del fogón, se extendían una o más plataformas hacia los cuatro lados de la casa. Aquí, los espacios se destinaban a los varios grupos familiares que habitaban la casa, en rangos a partir de la puerta, y con el compartimiento del jefe tras un biombo tallado, al fondo de la casa. El mobiliario, desde nuestro punto de vista, era escaso. Todos dormían en mantas de corteza de cedro o piel de venado y habían cofres de madera tallada o cestas tejidas multicolores para guardar las pertenencias. También habían unas ingeniosas cajas para cocinar



Distribución típica de una casa familiar.

hechas de madera, en las que se hervían los alimentos arrojando piedras al rojo vivo en agua, y una variedad de recipientes para comida tallados, algunos de los cuales eran inmensos y se utilizaban para las celebraciones.



Bienvenida al jefe a un festín

Una aldea de los habitantes del norte, o de los kwakiutl o bella coola, se componía de entre seis y treinta casas grandes, construidas por encima del nivel de la marea alta a lo largo de una playa protegida o sobre un banco fluvial, también por encima del agua, con las canoas enfiladas frente a las casas y cubiertas con mantas para protegerlas del sol y del clima. Cada casa se organizaba en clanes, los cuales eran grupos de familias extensas que afirmaban tener ancestros míticos comunes, y los cuales a menudo se suponían haber descendido del cielo. Algunos poblados tenían un solo clan, pero normalmente estaban formados por dos o tres, a veces por más.

Dentro de cada clan, el jefe de casa más rico y prestigioso era reconocido tácitamente como líder del clan, y dentro de un poblado, el jefe del clan más poderoso era reconocido de la misma manera como jefe de la aldea. Pero estas posiciones eran sólo de importancia honorífica, confiando precedencia ceremonial, pero ningún tipo de poder tangible. La aldea rara vez actuaba como una unidad, excepto en la defensa, y aun en

este caso, un líder de guerra era quien escogía a los guerreros de vocación para tomar el mando. A veces, las diversas casas pertenecientes a un clan se defendían mutuamente en alguna contienda de sangre, pero incluso esto era excepcional. No obstante que existía un fuerte principio de reciprocidad, no existía un sistema formal de justicia. Existía la represalia, aunque a menudo se aceptara el pago de compensaciones como sustitución de la venganza física.

Sin embargo había una institución, cuestión más de costumbre que de organización, la cual sobrepasaba las barreras existentes entre los pueblos del norte. Esta era la llamada *fratría*. En la práctica, significa que los pueblos, desde los *skeena* al norte, estaban divididos en grupos exógamos de dos o más, llamados *cuervos* y *lobos* entre los *lingit*, y *cuervos* y *águilas* entre los *haida*, dentro de los cuales, no importaba cuán remota fuese la relación, el matrimonio era visto como incesto. Pero aparte de las restricciones matrimoniales y algunos mitos de origen común, las *fratrías* parecen haber tenido poca importancia en la vida de los indios de la costa; pueden haber sido vestigios de las prácticas de sumisión que fueron desapareciendo.

Propiedad, Privilegio y "Potlatch"

Los pueblos del cedro eran altamente conscientes de la propiedad, y esta conciencia dio forma a su cultura y a sus artes de una manera primordial. La casa, o más bien el linaje que la casa representaba, era la unidad dueña de la propiedad. Algunas formas de propiedad eran individuales, como las armas, los instrumentos, la ropa, el telar de una mujer o la canoa de pesca de un hombre; pero las cosas más importantes eran de propiedad comunal, con el jefe actuando como custodio de su linaje, aunque ostentase un gran orgullo de su riqueza. Las áreas de caza, pesca y recolección eran todas propiedad de los linajes, además de los arrecifes, donde los *nootka* reunían las valiosas conchas dentadas, e incluso las áreas donde se podían cazar ballenas. Los jefes determinaban el uso de tales áreas, y el traspasar estos límites podía ser penado con la muerte.

Los tipos menos tangibles de propiedad eran a menudo los más importantes para los pueblos del cedro, ya que, en una sociedad tan consciente del prestigio, de ellos dependía la posición social y el honor de un jefe, y por lo tanto, de su casa y su linaje. Tales propiedades y privilegios comprendían los nombres o títulos, de los cuales cada casa



Poblado ksan en las Islas Reina Carlota.

poseía muchos; algunos se conferían a los muchachos y muchachas al alcanzar la pubertad, pero otros vindicaban el nivel social de jefes y subjefes. Asociadas con los nombres estaban las canciones, las danzas y las máscaras, por medio de las cuales se podían vindicar públicamente las leyendas que narraban la manera en que se habían adquirido los nombres ancestrales durante sus encuentros con seres sobrenaturales.

Cada leyenda familiar y origen del clan, así como cada narración de experiencia sobrenatural, se conmemoraban en un blasón, un recordatorio visual en forma de animal, ave o ser mítico, y estos blasones proporcionaban a los pueblos del cedro un gran contenido para su arte. Un jefe podía tener derecho a varios blasones: el blasón del águila o del cuervo de su fratría, por ejemplo; el blasón de la ballena asesina si esa criatura era el protector mítico de su clan, y otros blasones que eran propiedad exclusiva de su casa, los cuales se referían a experiencias espirituales en su vida o en las de sus ancestros. Tales blasones se cargaban en el poste construido al frente de la casa del jefe; cuando moría, los blasones aparecían en el poste memorial, especialmente entre los tlingit, cargado de una caja que contenía sus cenizas. Para celebrar la asunción del título, su heredero levantaba un poste libre de soporte (el poste heráldico que comunmente llamamos totémico) con una

serie de emblemas representando la historia mítica de su familia. Los emblemas también se pintaban en biombos y en las fachadas de las casas, se tallaban en cajas, cencerros, recipientes festivos, artículos de oración, cucharas de cuerno, incluso en garrotes para pescar, y se pintaban en sombreros ceremoniales y tambores, además de tejerse en las mantas chilkat de lana de cabra alpina, que los jefes utilizaban como vestidura ceremonial.

Los títulos y privilegios, así como los emblemas que los denotaban, se transmitían más que heredarse, pues eran más propiedad del linaje que del jefe que los utilizaba. Los pueblos del norte, haida, tlingit y tsimshian, así como los kwakiutl del norte, estaban organizados por línea materna, es decir que los títulos pasaban del jefe al primogénito de su hermana mayor. El sistema variaba un poco entre los kwakiutl del sur, los nootka y los salish, pero entre ellos, los privilegios más importantes pasaban de padre a hijo en la forma de línea paterna.

Ningún título o privilegio adquiría vigencia hasta que fuese validado por medio de una celebración apropiada, en la cual se acompañaba la entrega formal con un festejo espléndido; para levantar un poste totémico, para calentar una casa nueva, para asumir un título, para dar nom-

bre a un niño, para celebrar la pubertad de una chica o perforarle las orejas, para conmemorar a los muertos, todo necesitaba para su validación y aceptación un tipo especial de celebración para la cual cada pueblo tenía su propio nombre, pero que usualmente se llama potlatch (derivación de la palabra *nootka* que significa dar). El clan del jefe lo ayudaba a preparar y dirigir el potlatch, y los invitados eran de otros clanes, a menudo de otras aldeas. A lo largo de cuatro o más días de potlatch se servían comidas muy elaboradas; los anfitriones ejecutaban sus danzas personales para cada quien; habían entretenimientos tales como funciones de payasos y concursos de prestidigitación entre hechiceros rivales. A su debido tiempo, el jefe anunciaba por medio de su vocero los privilegios para cuya validación estaba dedicada la fiesta. A través de su presencia, los invitados servían como testigos y en pago a su testificación, el jefe distribuía regalos valiosos entre ellos.

Todos los pueblos del cedro practicaban el potlatch, y la institución era de crucial importancia para una sociedad que tenía poca estructura política, ya que proporcionaba los medios a través de los cuales podía establecerse la jerarquía de rango, tan importante para los pueblos de la costa. En un potlatch, el cargo se demostraba de varias maneras. La colocación de los invitados, el orden en el cual recibían los regalos y el tamaño de éstos en relación a los demás. Esto era visto como señales de nivel social, y por esta razón, un individuo colocado en el lugar incorrecto u obscurado con un regalo menor al dado a un jefe de más bajo rango, se consideraba como un desaire; si el error no era rectificado rápidamente, podía convertirse en un insulto y conducir a una afrenta de sangre entre la casa del invitado y la del anfitrión. Pero si el rango del invitado era demostrado por medio de su colocación en un potlatch y en el orden en que recibía sus regalos, también el rango del anfitrión resultaba afectado por medio de los regalos que daba. Mientras un invitado recibiese regalos en el orden correcto, su honor quedaba sin involucrarse, pero el honor y rango del anfitrión se perjudicaba si daba menos de lo que había recibido en los potlatches de sus invitados.

La necesidad de probar siempre la superioridad de rango de un anfitrión, incluso encima del invitado de más rango, conducía a la rivalidad en los potlatches, razón por la cual el mero dar no era suficiente. En sustitución, los jefes competían con la destrucción de la propiedad; se mataban esclavos y se incendiaban canoas, utilizando como combustible el aceite de eulachón. En el clímax de tales potlatches, los jefes sacaban unos curiosos objetos de prestigio en forma de escudos llamados "cobres", según el metal de que estaban

hechos, y los quebraban como reto hacia sus rivales para que hicieran lo mismo. Los cobres que habían sido rotos y rehechos varias veces, adquirirían la fama y el valor de las competencias que representaban, y algunos de ellos eran tan valiosos como 16,000 mantas de la Bahía de Hudson. La demostración final e irrefutable del orgullo de rango era tirar un cobre valioso en el agua, a una profundidad tal, que nadie pudiera recuperarlo. El jefe que hacía esto, validaba todas sus vindicaciones de rango más allá del reto.

Los Danzantes de Invierno

El rango, y los blasones que lo denotaban, jugaban el principal papel en las reuniones invernales de los pueblos del cedro en el norte; los haida, los *tingit* y los *tsimshian*. Más al sur, la importancia cambiaba hacia las ceremonias relacionadas con la búsqueda del espíritu guardián. Esta búsqueda encontraba su forma más pura entre los *salish*, un pueblo menos preocupado del rango y menos adeptos que los otros pueblos del cedro a las artes formales. Al llegar a la adolescencia, el joven *salish* partía solo hacia las regiones salvajes, y allí, después de practicar varias austeridades, alcanzaba el estado alucinatorio en el cual se encontraba con un ser, un animal o un monstruo sobrenatural, y caía en trance. En el trance, y subsecuentemente en los sueños, el ser le visitaba y le hablaba. De este modo, el muchacho adquiría su vocación. Si veía una serpiente sobrenatural, debía convertirse en hechicero; si veía un lobo, debía ser cazador; si veía un pájaro carpintero, debía dedicarse a hacer canoas. Toda ocupación significativa tenía su ser patrón y sólo podía llevarse a cabo exitosamente con su ayuda. Pero muchos de los *salish* sólo recibían poderes para la danza, lo cual significaba que en las grandes reuniones que puntualizaban la estación invernal de los *salish*, podían encarnar a sus espíritus guardines ejecutando danzas y canciones apropiadas.

Más hacia el norte, entre los *nootka* y los *kwakiutl*, la búsqueda del espíritu se convirtió en una institución. Habían incluso aquellos que iban en búsquedas solitarias de mentores espirituales, pero eran generalmente hombres y mujeres que a su tiempo se convertirían en hechiceros y se dedicarían a curar enfermedades psicosomáticas con magia de sugestión y a hacer regresar las almas errantes de aquellos que habían perdido los sentidos. Tanto entre los *nootka* como entre los *kwakiutl*, la búsqueda de espíritu, para quienes no aspiraban a poderes de hechicería, estaba diri-

gida hacia el campo de las sociedades secretas y las órdenes de iniciados.

Entre los nootka, la ceremonia de invierno consistía solamente en los danzantes lobo, quienes en cierto tiempo del invierno ya avanzado, llegaban a la aldea con máscara de lobo y prendas de piel, e imitaban el comportamiento de estos animales. Secuestraban a los niños elegibles para el noviciado y se los llevaban a los bosques, donde supuestamente conocían a sus espíritus guardianes y se convertían en iniciados. Más tarde, educados conforme al comportamiento apropiado para los iniciados, eran liberados como resultado de batallas simuladas, entre los danzantes lobo y la gente común.



Danza de la leyenda del fantasma en el poblado de Ksan

Los kwakiutl tenían una variedad más amplia de ceremonias y sus sociedades dancísticas tenían numerosos grados, por lo que sólo los esclavos quedaban excluidos de los festivales, en los cuales todos, incluyendo a mujeres y niños, tenían sus lugares, sus rangos y sus nombres de invierno, que eran muy distintos a los de verano. Los hamatsa o sociedad canibal, tenía el rango más alto, y sus ceremonias de iniciación, ejecutadas frente a la espectacular luz de las casas de danza, asumían una cualidad melodramáticamente siniestra, cuando los silbidos del espíritu

gemían hacia afuera de los bosques para anunciar el acercamiento de la gran compañía de espíritus que establecían su residencia durante la estación invernal, precedida por el gran canibal del extremo norte del mundo, cuyo cuerpo invisible estaba cubierto por cien bocas silbantes y voraces. Los iniciados hamatsa aparecían desnudos, en un frenesí simulado, desde sus escondites del bosque, mordiendo los brazos de los espectadores (en un acto ya acordado) y simulando comer cadáveres disecados que eran cargados ante ellos por sus ayudantes mujeres. El objeto de la ceremonia que seguía era el de domar al novicio y curarlo de su posesión, mediante una compleja serie de danzas de enmascarados, ejecutadas por grotescos espíritus de aves con gigantescos picos castañeantes. Cuando se lograba la cura, el novicio se convertía plenamente en miembro de la poderosa sociedad hamatsa, en la cual pocos, que no fuesen hijos de jefes, eran admitidos, ya que el privilegio incluía el dar costosos regalos.

Pero habían otras danzas durante los largos festivales de invierno de los kwakiutl, incluyendo las de la sociedad de guerreros, cuyo espíritu familiar era el Sisiutl de la muerte, serpiente de dos cabezas cuya mirada, al igual que Medusa, convertía a los hombres en piedra. También se ejecutaban las extraordinarias danzas tokwit, cuyo rebustecimiento probaba las considerables habilidades de ilusionismo de los kwakiutl. Regularmente se simulaban decapitaciones y quema de jóvenes bailarinas vivas; la gente era raptada por danzantes fantasmas, y a través de la ingeniosa colocación de unos tubos hechos de tallos de algas, las voces se escuchaban como si proviniesen del centro del fuego. Unos títeres volaban en cuerdas invisibles a través de la casa de danza, y unos cangrejos sobrenaturales, así como otros monstruos, se arrastraban sobre el piso, de manera que el inmenso guiñol de la representación hamatsa se continuaba con el gran circo de las danzas tokwit.

El Arte Supremo de los Pueblos del Cedro

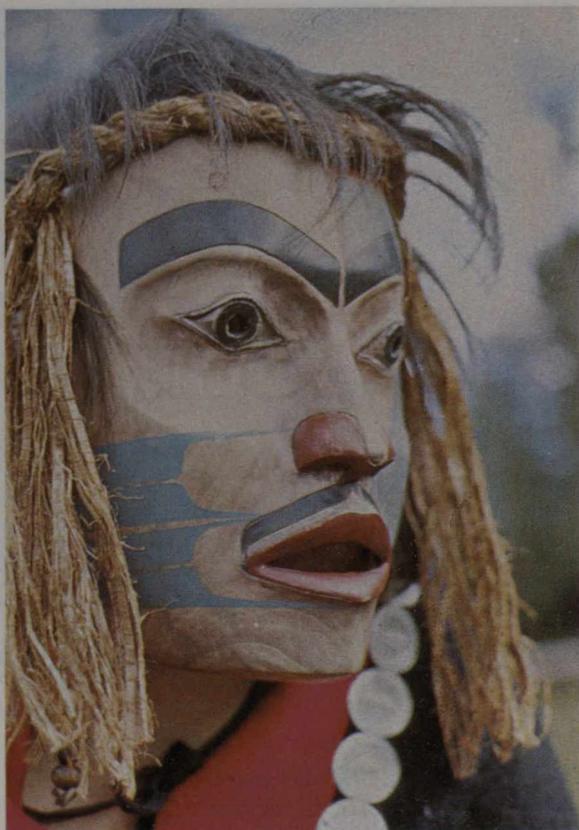
Con excepción de los sencillos y poco pretenciosos salish, los pueblos del cedro eran altamente dramáticos en su visión hacia la vida, a tal grado que, una distinguida antropóloga, Ruth Benedict, los representó como megalómanos hasta el límite del delirio paranoico. Sin duda, su arte estaba afectado por una visión elevada de la existencia. La confrontación dramática era esencial para el mismísimo concepto del potlatch, con el enfrentamiento entre el que daba, al forzar sus

recursos hasta el grado extremo, y el que recibía, al saber que algún día debería responder al reto de una manera mejor. El drama personal inspiraba a la búsqueda de títulos y blasones. El drama de un rey literalmente teatral caracterizaba las representaciones colectivas de las sociedades secretas de los kwakiutl, y cierto tipo de monodrama elaborado, se desarrollaba en las danzas individuales desempeñadas por los pueblos del cedro, ya fuesen danzas con máscara, ejecutadas desde el territorio tlingit, hasta el sur en la tierra de los kwakiutl, para ostentar los títulos del jefe, o danzas sin máscaras, por medio de las cuales los salish dieron una representación simbólica a sus búsquedas de espíritus guardianes.



Poste totémico

Fuera de estas puestas en escena de rivalidades y ceremonias dramáticas, emergió en la mayor parte de la región habitada por los pueblos del cedro, un elevado arte, único y sofisticado, practicado por profesionales capacitados, cuyas vocaciones eran consideradas como dones espirituales. Los salish eran la excepción; se conformaban con efigies funerales casi burdas y con una simple máscara, aunque ésta era sumamente impresionante, la máscara swaixwe, con sus ojos ciegos y desorbitados, que se utilizaba con un manto de plumas por los danzantes que silbaban. El resto de los pueblos del cedro produjeron una gran riqueza de tallados, desde gigantescos postes

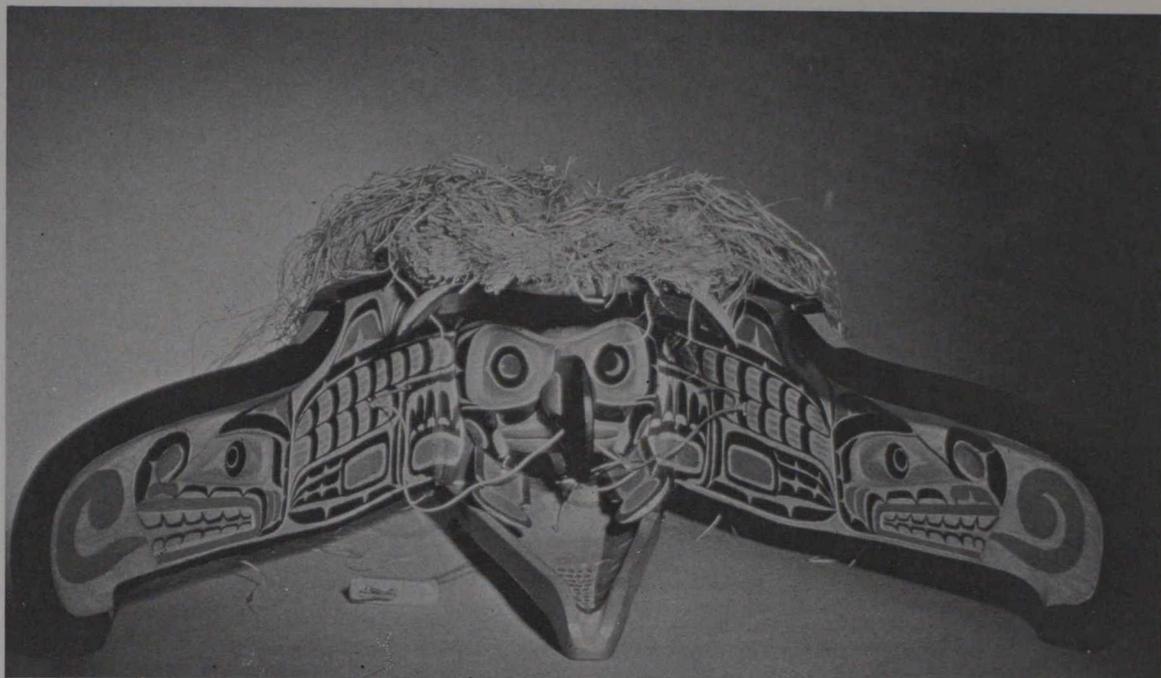


Máscara-retrato ksan

de más de veinte metros de alto, hasta exquisitos amuletos de hueso en miniatura, de no más de cinco centímetros de largo, que se tallaban para uso del hechicero.

Este arte puede dividirse de varias maneras. Habían, por ejemplo, distintas variaciones regionales. Los haida, en sus grandes esculturas, lograban una limitación y grandeza casi clásica enfatizada siempre por su inclinación a tallar dentro de la forma cilíndrica de un poste. Los kwakiutl, por otro lado, produjeron un estilo expresionista que se rehusaba a limitarse por las formas inherentes a los materiales, por lo que sus figuras se ramificaban en brazos y alas que ayudaban a hacerlas más genuinamente escultóricas y de un modo tridimensional, mientras el arte haida rara vez escapaba de sus convenciones de tallado en sobrerrelieve.

Los tsimshian estaban más inclinados hacia un tipo de realismo ilusionista que los otros pueblos del cedro, y esto se mostraba particularmente en sus máscaras de retrato y caricatura. Los bella coola, por su lado, lograron una calidad de fantasía creadora en sus representaciones de seres siniestros, los cuales, según su creencia, habitaban los primitivos bosques lluviosos.



Máscara de transformación kwakiutl

Pero una manera más ampliamente aplicable a la división del arte de los pueblos del cedro, se encuentra en la obra realizada para enfatizar el rango, y en los trabajos hechos para representar experiencias sobrenaturales. La distinción no es precisa, ya que los blasones que comunicaban el rango del jefe estaban derivados de experiencias sobrenaturales, pero habían logrado al paso del tiempo su utilización heráldica, mientras las máscaras usadas en todo tipo de danzas constituían un intento por identificarse directamente con los espíritus guardianes; cuando el jefe bailaba, se convertía durante ese tiempo en el espíritu que la danza representaba.

El arte heráldico formal era el de los postes totémicos y el de los postes decorados de las casas, el de las vasijas talladas y otros objetos utilizados en celebraciones y en la vida diaria. El arte heráldico tenía características especialmente interesantes. Una era la de colocar tallados en relieve o pinturas sobre algún poste o caja, o incluso en el mango de una cucharilla de cuerno, de modo que no quedara espacio vacío. El diseño se planeaba y balanceaba para lograr este resultado, y en este proceso, las figuras en que se basaban se dividían, se desmembraban y distorsionaban para ajustarse a las necesidades del diseño. Un animal podía cortarse desde el lomo hacia abajo, como en el caso de un salmón, para que sus dos lados llenaran un espacio cuadrado; sus garras u otros miembros podían separarse del resto del cuerpo para el mismo propósito; una cola ancha con un fragmento de sombreado entrecruzado significaba un castor. Tales distorsiones iban de acuerdo con las

creencias de hechicería sobre el desmembramiento simbólico durante la búsqueda del espíritu, y las representaciones de esqueletos animales, como si fuesen rayos X, que aparecen en las obras haida, encuentran su paralelo en el arte de hechicería de otros países.

Las máscaras, cencerros y otros objetos que tenían un propósito ritual, por lo general eran tallados por artistas distintos a los que hacían los postes y otros objetos heráldicos, y se creía que el tallador de máscaras trabajaba con una inspiración más libre que el tallador de postes, el cual normalmente tenía que seguir las instrucciones del jefe que lo había comisionado para el trabajo. Las formas generales de las máscaras, a menudo estaban dictadas por la tradición, particularmente en el caso de las danzas rituales, pero una nueva experiencia de espíritu guardián evocaba un concepto nuevo, y aun cuando se incluyesen las formas tradicionales, los talladores de máscaras trabajaban con un tacto individual notable.

Las máscaras variaban de una gran simpleza a una complejidad extrema. Ciertas máscaras no se utilizaban más que una sola vez y eran talladas de una manera burda. Otras eran herencias atesoradas por las casas o sociedades dancísticas a quienes pertenecían. Entre éstas se encontraban las extraordinarias máscaras de transformación, las cuales eran abiertas por el danzante, por medio de cuerdas ocultas, mientras cambiaba el ritmo de los tambores y la danza. El cuervo, por ejemplo, se revelaba de pronto en su manifestación humana mientras el gran pico se abría y

aparecía la cara adentro. Algunas máscaras eran de gran peso. Las máscaras de aves de la ceremonia hamatsa, con sus picos articulados de cuatro, cinco y hasta seis pies de largo, tenían que ser ajustadas con arneses ceñidos al cuerpo. Aún así, sólo un hombre fuerte podía ejecutar apropiadamente la danza. Pero con todo y la ingenuidad mecánica que trataba de conseguir la ilusión proveniente de la manipulación de las máscaras, nunca se perdía la calidad estética. Los indios de la costa tenían un instinto extraordinario para la veracidad y el drama de la forma.

El Encuentro de las Culturas

Los primeros hombres blancos que se encontraron con los pueblos del cedro fueron los exploradores y los comerciantes en pieles, no tanto interesados en el cambio del modo de vida nativo, sino en conseguir pieles preciosas. Sin embargo, su llegada trajo cambios marcados y significó el preludio al final del florecimiento de la cultura tradicional. La disponibilidad de hierro en abundancia dio por resultado mejores instrumentos que las viejas hojas de piedra, pero los métodos de tallado en madera no cambiaron; las herramientas de metal se hicieron de la misma forma en que estaban hechas de piedra, pero aceleraron la producción de objetos, especialmente de postes, por lo que entre 1840 y finales del siglo diecinueve, las aldeas de la costa se convirtieron en auténticos bosques de arte totémico.

La abundancia de bienes derivada del comercio de pieles fue otra influencia expansiva de la cultura india. Dio a los jefes los medios para pagar a los artesanos por cada vez más y más objetos, así como los medios para ofrecer cada vez más potlatches. Fue entonces cuando los potlatches de rivalidad se desarrollaron más extravagantemente y la economía de los pueblos de la costa se distorsionó por medio de festivales obsesivos que agotaron toda la riqueza excedente en un ciclo ritual de dar y recibir.

Otras consecuencias de la llegada del hombre blanco fueron sin duda el detrimento de los pueblos del cedro y de su cultura. Antes de que llegaran los comerciantes en pieles, parece no haber existido el uso de ningún tipo de intoxicante en la costa, y el alcohol, que al principio no gustó a los indios, pronto se convirtió en una gran calamidad. Pero sus efectos fueron menos devastadores que los de las enfermedades desconocidas que llegaron con los barcos mercantes. Las enfermedades venéreas cobraron sus víctimas, tam-

bién lo hicieron el sarampión, el cólera y la influenza, pero la gran asesina fue la viruela, la cual regresó una y otra vez a la costa, hasta que algunos pueblos, como los haida, se redujeron a poco menos de un décimo del número que tenían en el tiempo del primer contacto con los comerciantes europeos. Una consecuencia social nociva de la merma en la población fue el que dejaron de haber suficientes nobles que vindicaran los títulos y blasones pertenecientes a las diversas casas y clanes; esto significó que se diera acceso a los comunes, quienes podían estar lejanamente emparentados con los antiguos portadores, y los poblados se resquebrajaron a través de las hostilidades originadas por vindicaciones rivales.

Mientras tanto, llegaron otros hombres blancos, los oficiales y tripulantes de buques navales que pusieron fin a las guerras indias; los administradores coloniales y territoriales con sus leyes y normas extranjeras; los empacadores de pescado que al mismo tiempo empleaban a los indios y agotaban sus abastecimientos de pescado; y los misioneros, quienes buscaban mitigar los efectos nocivos del alcohol y la enfermedad, pero que al mismo tiempo hicieron gran daño ayudando a destruir las costumbres que sostenían al tejido social tradicional. Algunos misioneros, creyendo que los postes totémicos eran ídolos, lo cual no era el caso, indujeron a sus seguidores para que los incendiasen, y fue así como desaparecieron algunos de los mejores postes de las márgenes del Río Nass. Otros misioneros indujeron a Sir John A. Macdonald, Primer Ministro de Canadá, para que introdujese una legislación en 1884, la cual prohibía tanto el potlatch como la danza del espíritu guardián salish, sobre la base de que estas instituciones constituían un despilfarro e impedían que los indios aceptaran los beneficios de la civilización que los misioneros les ofrecían.

La prohibición del potlatch, impuesta con particular severidad en los primeros años de este siglo, atentó directamente contra el corazón de la cultura de los indios de la costa. Maquinó una continua pérdida en números, que prevaleció hasta los años veinte, y produjo una gran desmoralización entre los pueblos del cedro. Alrededor de 1925, su fuerza se había disminuido a menos de un tercio de lo que fue cuando llegaron los primeros europeos. En algunos lugares remotos, como en el alto Skenna, y en algunos parajes escondidos de la costa, las viejas costumbres prevalecieron de una manera atenuada y furtiva. En conjunto, hacia 1930, parecía como si la cultura estuviese en vías de desaparecer, e incluso hubieron algunos antropólogos de ese tiempo que creyeron que los pueblos del cedro se dirigían a sí mismos hacia la extinción.

El Gran Renacimiento

De hecho, ni la cultura ni los pueblos del cedro murieron. A partir de un punto situado alrededor de 1930, los indios de la costa comenzaron a ganar la batalla contra las enfermedades extrañas y la población comenzó a ascender, de manera que actualmente, hay casi tantos indios como los que habían cuando el capitán James Cook entró al estuario del Nootka en 1778.

La tradición artística nunca murió del todo. En 1950, un poste heráldico encontrado en un poblado junto al río Skeena había sido tallado y levantado sólo dos años atrás. Para entonces, en la Isla de Vancouver, los salish más tradicionales celebraban todavía sus danzas espirituales en secreto. Pero en ese tiempo, sólo muy pocos practicaban, ya fuesen las artes o las ceremonias.

Sin embargo, ya habían influencias en el trabajo que comenzaron con el renacimiento de los indios de la costa. En 1948, el Museo de Antropología de la Universidad de Columbia Británica decidió que algunos

postes kwakiutl en su poder necesitaban restauración, y se encontró a un viejo tallador, Mungo Martin, quien tenía entonces sesenta y cinco años y había aprendido su arte de los últimos grandes talladores tradicionales. Otros museos iniciaron proyectos de restauración, y Mungo Martin reunió alrededor suyo a un grupo de talladores jóvenes a quienes impartió los viejos secretos. Entre ellos se encontraban Henry y Tony Hunt, así como Doug Cramer, todos ellos de familias de talladores. Mientras tanto, Bill Reid, descendiente del famoso tallador haida Charles Edenshaw, había comenzado haciendo joyería a la manera india tradicional y después cambió al tallado de postes.

Paralelamente al renacimiento de los pueblos del cedro, surgió una toma de conciencia por parte del público canadiense, y en 1951, se derogó la ley que prohibía las potlatches y ceremonias similares. El efecto fue lento, pero en el lapso comprendido entre 1950 y 1960, y con el orgullo de la herencia que comenzó a agitarse entre los pueblos indios de América del Norte, las viejas ceremonias volvieron a la vida. Los jóvenes que alguna vez se apartaron de su pasado, volvieron hacia sus mayores para aprender las costumbres. Y hoy en día, especialmente entre los kwakiutl y los gitksan, el potlatch es nuevamente una característica regular de la vida social, mientras las



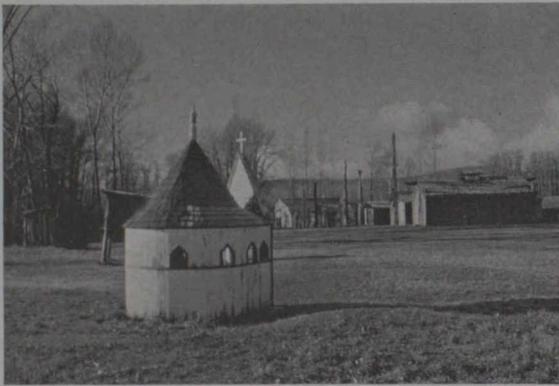
Bill Reid realiza una escultura sobre la leyenda del cuervo en la Universidad de Columbia Británica.



Caja de oro por Bill Reid (Colección McMichael)



Ejecutantes ksan rumbo a un festín



Poblado ksan junto al río Skeena

danzas de los espíritus guardianes se llevan a cabo a lo largo del invierno en las aldeas salish, y con frecuencia asisten a ellas más de mil personas.

Durante las dos décadas pasadas, cada vez más indios jóvenes de la costa han retornado a las artes tradicionales con gran habilidad e imaginación. Han aparecido centros de artes, como el de Kzan en Hazelton, el Alto Skeena en medio de la región gitksan, donde las aldeas aledañas tienen los grupos de postes totémicos de mayor calidad que quedan en el Pacífico del noroeste. En Ksan, una aldea de casas gitksan reconstruidas sirven como museo para los objetos que los clanes locales han guardado del pasado, y existe un centro de talladores, donde los artesanos aprenden y practican sus artes. Otros artistas trabajan solos, tanto en sus aldeas como muchos otros que lo hacen en Vancouver y Victoria. Esta dispersión también expresa de alguna manera el papel cambiante que ha tenido el arte entre los pueblos de la costa.

En los días anteriores al contacto con los europeos, este era un arte íntimamente relacionado con los patrones sociales y ceremoniales de los pueblos del cedro, dependiente de los sistemas de rango, nivel social y del concepto del espíritu guardián, el cual servía como inspiración para toda la cultura india de la costa. En el proceso, se realzaba la calidad de la vida por medio de la

creación de un medio ambiente estéticamente placentero, pero, como en la mayoría de las culturas tradicionales, el arte nunca fue visto como algo separado del ritual y la costumbre.

La estructura social india de hoy en día ha sufrido grandes modificaciones con la eliminación del sistema económico tradicional. Ahora, la propiedad es particular, y aquellos que aún ostentan títulos, por lo general no mantienen el poder o la riqueza que éstos conllevaban originalmente y que algún día les dio valor. Esto significa que la cantidad de nuevos objetos que pueden usarse a la vieja manera es algo limitada. Muchos de los postes hechos actualmente se erigen en medio del tránsito de ciudades canadienses o incluso extranjeras; muchas de las máscaras y cencerros pasan a manos de museos o coleccionistas privados; toda una clase de joyería india en oro y plata, nunca hecha antes de la llegada del hombre blanco, encuentra su camino casi por completo en el mercado de lujo. Sin embargo, gran parte se encuentran aún entre los indios mismos. Las aldeas han establecido comités culturales y programas artísticos, relacionados con el registro y la recreación de lenguas y tradiciones, y sin duda, entre estos pueblos, especialmente entre los kwakiutl y los gitksan, el revivir las ceremonias y danzas de invierno ha significado que muchos de los objetos nuevos se hayan absorbido en las culturas nativas. Como entre los inuit, gran parte de las obras producidas por los pueblos del cedro es motivada comercialmente y su distintividad es escasa. Pero como lo demuestra claramente su nivel de calidad formal y artística, muchos objetos están hechos con una habilidad e inspiración genuinas, dignas de los grandes talladores de los pueblos del cedro desde hace más de un siglo.

—o0o—

Los Pueblos del Cedro fue escrito por George Woodcock, para el Ministerio de Relaciones Exteriores de Canadá. El autor es un hombre de letras e historiador, ha escrito más de cincuenta libros cuyos temas van desde un estudio crítico sobre George Orwell hasta trabajos históricos como "Los Pueblos de la Costa", "Los Canadienses", "Anarquía" y "¿Quién Mató al Imperio Británico?". En 1959 fundó la publicación trimestral "Literatura Canadiense", la cual se editó hasta 1977.



Máscara del oso a través del anillo que representa al sol, realizado en cobre con incrustaciones de concha nácar.

Nuestra Portada: Cuervo y sol kwakiutl
Grabado por Tony Hunt.



Coy

Or... bajada de Canadá en México. A menos que se indique lo contrario, las opiniones expresadas son de sus articulistas y no del gobierno canadiense. **LOS ARTICULOS PUEDEN SER REPRODUCIDOS SIEMPRE Y CUANDO SE ACREDITE AL AUTOR Y A "CANADA HOY"**. Para suscripciones, escribir a: Embajada de Canadá en México, Oficina de Información y Prensa, Schiller 529, México 5, D.F. Tel. 254-3288

Coordinación Editorial
Dilys Buckley-Jones
Humberto Reyes-Mir

Diseño
Oscar Buerba

Arte Gráfico
Juan Martínez M.

Asistentes de Redacción
Diana Berber
Carmen Canale

Impresión
Litrográfica Comercial S.A.

Canadá hoy está revisando su lista de envíos para servirle mejor. Si usted desea seguir recibiendo esta publicación, por favor devuelva la etiqueta con que recibe la publicación a "Canadá Hoy", Embajada de Canadá, Sección Cultural, Schiller 529, México, 11560 D.F. Si ha cambiado usted de domicilio, comuníquenoslo también, por favor.

Atentamente
EL EDITOR

Indice:

La Tierra del Cedro	2
Los Pueblos del Cedro	3
Prehistoria	4
La Cultura Histórica	5
Propiedad y Privilegio "Potlach"	7
Los Danzantes de Invierno	9
El Arte Supremo de los Pueblos del Cedro	10
El Encuentro de las Culturas	13
El Gran Renacimiento	14